

DEBATE

Argentina fue la cuna de la educación en América Latina, pero sus aulas se han debilitado y viven en un reino de confusión. Es hora de reflexión y acción profunda. Es hora de discutir sobre educación con el mismo fervor que lo hacemos por el fútbol o la política.

Revivir las aulas hace un diagnóstico del estado de la educación en nuestro país y propone posibles alternativas para ganar la batalla educativa y prepararnos para el nuevo mundo que viene.

Axel Rivas viajó por casi todas las provincias argentinas e investigó sistemas educativos diversos: Finlandia, Corea del Sur, Cuba, Chile, entre otros. Miró las pedagogías, la docencia y el papel del Estado en la distribución de la riqueza. Analizó los inciertos cambios culturales y tecnológicos que buscan revoluciones educativas. Todo lo miró desde el lugar de los alumnos, la perspectiva desde donde siempre habría que observar la educación.

Este es un libro lleno de esperanza: se puede cambiar la educación. Es la hora de la docencia, de la justicia educativa para enfrentar esta sociedad despiadada. Es tiempo de que un país entero mire a sus aulas para revivirlas.

*"Necesitamos cambiar la educación.
Este libro es el primer gran paso para lograrlo. Del aula al mundo."*

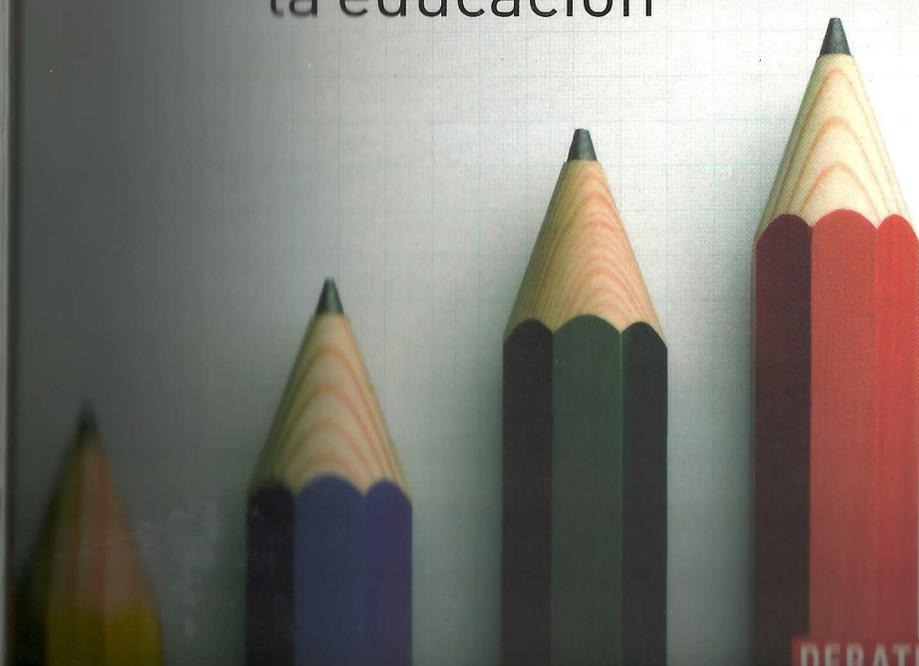
Estanislao Bachrach, autor de *ÁGILMENTE*

Axel Rivas

Revivir

las aulas

Un libro para cambiar
la educación



ISBN 978-987-1786-87-0



www.mequetaller.com.ar

Me gusta leer Argentina

DEBATE

II. ¿Adónde va la educación argentina?

EL ORIGEN: LOS DOS PLANETAS

Nuestro sistema educativo nació bajo el impulso de las dos primeras revoluciones. En sus orígenes las escuelas eran privadas y religiosas. Pero a fines del siglo XIX la revolución estatal llegó a los confines de la patria. En 1884 se sancionó la Ley de Educación Común. Había llegado la hora de las escuelas. Era el momento de crear la idea de Nación en la mente de sus futuros ciudadanos.

La potencia del sistema educativo argentino fue arrolladora. Fue el más poderoso de América Latina durante un siglo.

Lo que no se sabe o se dice muy poco es que en realidad la Argentina no tuvo un sistema educativo, sino dos. Dos planetas: la escuela primaria y el colegio secundario. Un dato lo dice todo: el año 1900 había en la Argentina 451.247 alumnos en las escuelas primarias y apenas 6.735 en las escuelas secundarias. Un abismo los separaba.

¿Por qué eran tan distintas la primaria y la secundaria? Porque sus objetivos eran opuestos. La primaria era universal, tenía que llegar a todos, para conquistar los territorios con la cultura común, la pertenencia a la nación. Era una misión civilizatoria.

Era el combate contra la barbarie del interior que visualizó Sarmiento. Había que crear la homogeneidad en un país vasto, federal y lleno de inmigrantes. Había que establecer hábitos, tradiciones, costumbres, incluso una lengua común.

En cambio, la secundaria se hizo para seleccionar, para buscar a los "elegidos", para crear las clases dirigentes. Su misión era gobernar el país. La primaria simbolizaba el cuerpo y la secundaria la cabeza.

Así se pensó el federalismo desde el centro. Las provincias debían encargarse del nivel primario, mientras la Nación creaba las escuelas secundarias, que formaban a los futuros gobernantes. Algo parecido a la división del trabajo manual e intelectual.

Por eso el gobierno nacional creó durante la segunda mitad del siglo XIX una escuela secundaria por provincia. Fue la gran tarea de Bartolomé Mitre, mientras Sarmiento se dedicó a la primaria. Cada escuela secundaria nacional estaba en el corazón político de cada provincia. Era un símbolo de prestigio.

Como resultado de esta misión, el modelo de la escuela secundaria fue enciclopédico. Con muchos saberes, casi universales, sobre todas las áreas de las ciencias y con escasa vocación práctica para el mundo del trabajo. Quien iba a la escuela secundaria estaba destinado al trabajo intelectual. Iría luego a la universidad y a las profesiones liberales o a gobernar el Estado.

Los modelos eran radicalmente distintos. La primaria tenía una maestra, vocacional, mujer, casi una segunda madre que protegía a cada uno de sus alumnos. En cambio, la secundaria tenía una plantilla de diez a quince profesores, con exámenes de pasaje que ponían toda la responsabilidad del aprendizaje en el alumno. Era una carrera de obstáculos. Había que estudiar y estudiar.

¿Cómo podía un niño de sectores populares soñar que la secundaria era un destino para él? ¿Cómo podía imaginar su

recorrido por ese campo minado? Pasar por allí era terreno de los elegidos. Era casi una herencia de sangre. Sólo era para quienes tenían padres acomodados, cercanos al poder, dueños de tierras, porciones del Estado o de la riqueza simbólica.

Eran dos modelos pedagógicos. En uno, el responsable era el Estado a través de los docentes. En el otro, el aprendizaje era una obligación del individuo. Nuestro sistema educativo era en realidad parte de un sistema de dominación: pocos con mucho poder, muchos con un saber básico que les impedía salir de donde estaban. La escuela confirmaba y ampliaba el orden social.

El sistema educativo actuó así: igualaba al principio y quebraba esa igualdad en el pasaje a la secundaria, generando una extrema concentración de poder luego.

Otros países ni siquiera tuvieron integración social en la escuela primaria. Eran modelos educativos más injustos todavía. Pero el nuestro no era un paraíso. Detrás de todas las fantasías de la escuela igualadora estaba bien afianzado un modelo desigual. Las escuelas no eran blancas palomitas. El guardapolvo tapaba los rastros de las miserias. Era un piso básico. Detrás, cuando cada niño terminaba su escolarización, estaba la misma injusticia de la cuna donde les había tocado nacer.

EL CHOQUE DE LOS PLANETAS: LA ESCUELA PRIMARIA SE ENCUENTRA CON LA SECUNDARIA

En 1900 sólo uno de cada 67 alumnos que iba a la primaria pasaba a la secundaria. Para el año 1960 la proporción había bajado a uno de cada cinco. Hoy, afortunadamente, la primaria es casi universal desde hace al menos dos décadas y la secundaria alcanza al 85% de los jóvenes en edad escolar.

¿Qué pasó con los planetas educativos de la primaria y la secundaria, uno gigante, el otro minúsculo? Chocaron.

Ese cuerpo inmenso de la primaria agitó sus alas en el primer peronismo. La pequeña y poderosa cabeza de la secundaria, cumbre de pocos, fue tomada por asalto. El peronismo abrió la frontera y creó mucho más que escuelas. Creó la noción de que la secundaria podía ser para los "otros".

La conquista popular de la escuela secundaria estaba en marcha. En todo el mundo, no sólo aquí. Como una estampida a lo largo de todo el siglo XX. Con mayores impulsos y frenos según gobiernos y dictaduras, la frontera de la secundaria se desgarraba.

Un resultado directo de este proceso fue el crecimiento de la educación privada desde los años sesenta. Algunos buscaban una alternativa educativa, otros un culto confesional. Muchos veían al sector privado como un refugio para evitar a los sectores populares que accedían por primera vez a la escuela pública.

Con el retorno de la democracia en 1983 se sacudieron los planetas educativos. Todas las fuerzas contenidas, censuradas, marcadas por la violencia de la dictadura, se liberaron. Como un dique de contención que estalla, se mezclaron y democratizaron las pedagogías, las relaciones de autoridad y los niveles educativos. Se podía hablar, finalmente. Se podía pasar, finalmente, de grado, de año, de la primaria a la secundaria.

El gobierno de Raúl Alfonsín derogó los exámenes de ingreso a las escuelas secundarias y abrió la gran compuerta. El Estado decía: "Entren, entren". Mientras, muchos docentes no sabían qué hacer con los que llegaban, los más pobres, los que estaban explorando qué era eso llamado "colegio secundario".

¿Cómo se vivió esto desde las escuelas? La primaria no cambió tanto, pero la secundaria vivió una revolución interna. Si fue diseñada para seleccionar, ahora tenía la misión opuesta: debía educar a todos. Pero nada había cambiado en su diseño original: seguía habiendo muchos profesores de materias y cada alumno debía pasar esa carrera de obstáculos.

Es como querer tomar la sopa con un cuchillo. Y cuanto más caliente está la sopa, más tiempo debemos esperar por ella, sosteniéndola en el aire con una cuchara, que no tenemos. El diseño de nuestra escuela secundaria fue el de un cuchillo, preparado para cortar y seleccionar. Ahora tenemos que usarlo para soplar lentamente, para acompañar a los que llegan.

Ese diseño no sólo consiste en muchas materias separadas, muchos exámenes, disciplinas científicas, contenidos enciclopédicos y profesores "taxi" que corren de una escuela a otra sino que además ese diseño es un diseño mental, una forma de pensar la enseñanza que se nos metió en la piel. Pensamos que la culpa la tiene el alumno, su familia. Que la escuela "no es para él".

Es cierto, la escuela no es para él. Esa escuela, la escuela secundaria que nació para seleccionar y excluir. Necesitamos cambiarla. Necesitamos verdaderas "cucharas pedagógicas". Una nueva forma de enseñar y un nuevo diseño del sistema. Ha llegado la hora de hacerse una pregunta crucial: ¿de quién es la escuela secundaria? ¿Tiene dueño? ¿O debe ser capaz de enseñar a todos?

Hay una historia de sentido común de la educación argentina. Nos dice que antes era de excelencia y ahora todo se ha perdido. Es una historia sesgada, contada por los ganadores. Un dato lo dice todo: cuatro de cada diez jóvenes que van hoy a la escuela son primera generación de alumnos en la educación secundaria. Sus padres nunca pasaron la frontera de la primaria. Son el 40%: retengamos ese número.

Hace un par de años se hizo una encuesta muy interesante en todo el país a alumnos y docentes.² Se preguntó si creían que la escuela secundaria actual era mejor o peor que la de la

²Dussel, I. (2007), *Más allá de la crisis. Visión de alumnos y profesores de la escuela secundaria argentina*, Santillana, Buenos Aires.

generación de los padres de los alumnos de hoy. El 83% de los docentes dijo que era peor. En cambio, los alumnos respondieron algo muy distinto. El 47% dijo que era peor. La otra mitad dijo que era mejor.

Claro, ¿cómo no iba a ser mejor la escuela actual si para muchos de ellos era la primera escuela secundaria que su familia conocía? ¿Cómo no iba a ser mejor esta escuela que la "no escuela" de sus padres?

Esa mayoría de docentes pesimistas quizás está añorando un sistema que era para pocos. Sin saberlo, sin tomar conciencia de ese 40%. ¿Qué pasaría si lo vemos todo con otros ojos, con los ojos de los recién llegados, de los que estaban afuera? ¿Cómo revivir las aulas para abrigoarlos y llevarlos al jardín de los conocimientos?

LAS TRES GRANDES TENDENCIAS DE LA EDUCACIÓN ARGENTINA

Algo ha pasado con la educación argentina. Lo saben las aulas, los docentes, lo saben todos. Pero ¿lo saben realmente? ¿O eso que ha pasado no tiene nombre ni rostro y su ausencia de palabras se ha convertido en una inercia que nos adormece? El sistema educativo argentino es hoy una figura incomprensible.

En realidad, ya no es un sistema. Por lo tanto, lo que pasa se vive en un presente inmediato, en un fragmento aislado de los demás. Ésa es la vida de las escuelas hoy. Como islas, navegando cada una sus propias tempestades.

Volvamos un paso atrás. ¿Qué nos dicen las investigaciones, los datos confiables, leídos sin intenciones ocultas y sin manipulaciones? ¿Qué ha pasado con la educación argentina en las últimas dos décadas? Hay tres grandes tendencias: más inclusión y acceso a la escuela, una devaluación de los aprendizajes y una impactante fragmentación de las escuelas.

Primera tendencia: hoy más que nunca más chicos van a la escuela.

Los planetas chocaron. ¡Por suerte! Era hora. En los últimos veinticinco años se triplicó la cantidad de chicos que van al jardín de infantes y se duplicaron los que van a la secundaria.

La democracia abrió las puertas y los gobiernos comenzaron a invertir más para crear nuevas escuelas donde nunca habían existido. Poblados rurales olvidados o asentamientos populares que de pronto recibieron la escuela que generaciones pasadas habían soñado.

Por eso nos va tan bien en el ranking mundial de la educación: la Argentina figura en el puesto 38° en el índice de Educación para Todos de la Unesco. En cambio, nuestra economía está en el puesto 52° en el ranking mundial de PBI por habitante. Por eso la Argentina está dentro del llamado “grupo de países con alto desarrollo educativo”. Sólo la superan Cuba y Uruguay en América Latina. Nos va muy bien en acceso a la escuela, alfabetización de adultos y equidad de género.

Segunda tendencia: los aprendizajes se han devaluado.

Las pruebas de la calidad educativa indican una tendencia a la equiparación con el promedio de América Latina, tanto por caída leve en los aprendizajes en la Argentina como por mejora de otros países. En la evaluación de los aprendizajes de los alumnos del nivel primario que realiza el Laboratorio de la Unesco, la Argentina retrocedió algunos escalones. En 1997 había quedado detrás de Cuba y junto a Chile y Uruguay en el segundo lote de países con mejores resultados. En cambio, en 2006, pasó al tercer lote de países, superado claramente por Cuba, Costa Rica, Chile, Uruguay y México.

En las pruebas PISA de la OECD que evalúan a alumnos de 15 años de edad, Argentina se mantuvo estancada durante la década del 2000. Primero tuvo una brusca caída en comprensión lectora entre 2000 y 2006, propia del contexto de crisis social. Luego se recuperó entre 2009 y 2012. En conjunto, la Argentina permaneció estable en esos años en las evaluaciones de matemáticas, mejoró levemente en ciencias y empeoró también levemente en lengua.

En la comparación regional el rumbo fue distinto. De los siete países que participan regularmente de las pruebas PISA, varios lograron mejoras que dejaron a la Argentina en el promedio o incluso más abajo de América Latina. Chile y Perú mejoraron en todas las materias, Brasil en matemáticas y ciencias, México y Colombia tuvieron vaivenes y Uruguay fue el único que bajó levemente sus resultados en las tres materias. En conjunto, el sistema educativo argentino quedó por debajo de varios países de similar nivel económico en la región.

Tercera tendencia: el sistema educativo se ha resquebrajado por dentro.

Un dato clave surge de las últimas PISA: en 2009 de los 64 países participantes la Argentina fue el que tuvo los resultados de calidad más dispersos. Es decir que la relación entre cada escuela evaluada y el promedio de todas las escuelas en la Argentina fue la más variable de todos los países que están en PISA.

Éste es el dato más relevante del mapa educativo: cada escuela es una isla. Sus resultados son extraordinariamente distintos, mucho más que en otros lugares del mundo. Algunas logran sólidos aprendizajes, otras están lejos de las metas básicas. Hay grandes desigualdades y disparidades.

Cada escuela y cada docente enseñan algo distinto, de formas

distintas, sin parámetros comunes, evaluando a los alumnos con diversos criterios y métodos. Una investigación del Instituto Nacional de Formación Docente analizó cuadernos de alumnos de primero y segundo grado de veintidós provincias y encontró métodos muy dispares y que en dos tercios de los casos la alfabetización se enseña con un modelo atomizado que hace prever el fracaso en el aprendizaje.³

Esto no es casual. El 90% de los institutos de formación docente no tienen propuestas definidas para enseñar a alfabetizar a los futuros docentes. Se aprende con teorías variadas e incompatibles entre sí, que generan confusión y métodos totalmente fragmentados.

Por eso los directores de escuela pasaron a ser figuras cada día más protagónicas en esta ausencia de base común. Por eso algunas escuelas brillan en la oscuridad y otras navegan sin rumbo. Esa dispersión es el fin de un sistema. Ya no hay base común, no hay garantías. A cada uno le toca una suerte distinta, como en una lotería.

LAS CINCO PRIMERAS CAUSAS DE LA CAÍDA

¿Cómo se llegó a esto? ¿Qué le pasó a la educación argentina? Cinco grandes causas explican el misterio de la gran transformación de la educación argentina en las últimas dos décadas. Cuatro causas son nuestras. La quinta es mundial. Existe una sexta causa que es la más importante de todas (la veremos en el siguiente apartado).

Las cuatro primeras causas de la caída y la dispersión de la calidad educativa tienen origen en nuestro país y en nuestro

³ Zamero, M. (2012), *La formación docente inicial como objeto de investigación*, INFD, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires.

sistema educativo. En nuestra historia y en las decisiones de política educativa de las últimas décadas.

Una primera causa está en nuestro régimen de gobierno: el federalismo educativo.

En la Argentina, todas las escuelas son provinciales desde 1992. Tenemos un sistema extremadamente descentralizado y poco articulado. Cada provincia tiene distintos recursos, capacidades, estilos de conducción, currículos, normas de evaluación y sistemas de control.

En realidad, tenemos 24 sistemas educativos distintos, por las 23 provincias y la ciudad de Buenos Aires. Depende de dónde haya nacido cada chico qué sistema educativo le toque.

La ciudad de Buenos Aires tiene el 50% de los alumnos en escuelas privadas. En La Rioja, Chaco o Formosa apenas son el 9%. La misma Ciudad de Buenos Aires tiene casi la mitad de los alumnos en escuelas de jornada completa, en otras provincias sólo el 1% tiene esa posibilidad. Los paros docentes varían entre provincias desde un promedio de 15 por año a apenas 1 ó 2 en la última década.

Las diferencias son inmensas. En los aprendizajes también: en matemática el 30,7% de los jóvenes que terminan la secundaria en la ciudad de Buenos Aires logra resultados altos, en Catamarca o Formosa apenas el 3%. Cada provincia es un planeta educativo distinto.

La segunda causa de la fragmentación de la calidad educativa es la reforma educativa de los años noventa.

La Ley Federal de Educación de 1993 dejó un tembladeral. Casi nadie entendió para qué era exactamente la nueva estruc-

tura de niveles, la EGB y el Polimodal. Cada provincia lo aplicó como quiso, supo o pudo. En una investigación comparada, muchos ex ministros de educación de provincias nos contaron que sólo aplicaron la reforma porque así recibían fondos nacionales, sin ninguna justificación pedagógica.⁴

Esto desarmó al sistema. En algunos casos había maestras que quedaron enseñando en escuelas secundarias. En otros había profesores de secundaria que pasaban al séptimo grado. Los docentes eran de pronto “reconvertidos” para enseñar otra cosa.

Una inmensa confusión se llevó buena parte de los esfuerzos de la reforma y cargó a los docentes de nuevas tensiones. El sistema terminó desarmado por dentro, justo cuando tenía que estar unido para responder al gran quiebre social en marcha. La reforma de los años noventa fue una etapa de desconcierto que amplió la fragmentación entre y dentro de las provincias.

La tercera explicación es la última gran reforma curricular, que no logró meterse en las aulas.

Hubo otro cambio en los años noventa: la aparición de los nuevos Contenidos Básicos Comunes (CBC). Era un cambio necesario, pero sus resultados fueron paralizantes. Los nuevos contenidos eran excelentes, pero muy teóricos, enciclopédicos y abstractos. Casi nadie sabía cómo traducirlos al día a día de las aulas.

El mercado privado de libros de texto, revistas para docentes y actividades sueltas en fotocopias reemplazó lo que el currículum oficial no brindaba: respuestas concretas para llegar al

⁴Rivas, A. (2004), *Gobernar la educación. Estudio comparado sobre el poder y la educación en las provincias argentinas*, Granica, Buenos Aires.

aula y enseñar. El programa se desarmó en partes y el resultado fue una gran distracción y disparidad de métodos y contenidos. Nadie sabía bien dónde estaba parado, ni los alumnos ni los docentes.

La cuarta causa de la caída y de la fragmentación de la calidad educativa es el cambio en la formación docente potenciado por los bajos salarios.

Muchos viejos maestros normalistas dicen algo que en gran parte es cierto: “Se perdió la vocación docente”. En los años noventa cambió todo en las aulas y también en el mercado de trabajo docente. Muchos nuevos aspirantes a la docencia sólo buscaban un trabajo mal pago pero seguro. La formación docente se desinfló y se perdieron las tradiciones más simples y orgánicas de enseñanza, la estabilidad de los métodos, los rituales pedagógicos.

Se masificó la enseñanza en el mismo momento en que bajaban los salarios docentes. Fueron décadas duras pese a la conquista democrática. En los años ochenta el salario bajó en poder de compra un 40% y en los noventa no hubo aumentos.

Esto transformó la docencia. Perdió prestigio, perdió “esencia”, se devaluó el oficio, se convirtió en un trabajo rodeado por el malestar y la confusión. Fue una rueda: el mal salario y la necesidad de crear cargos masivos para cubrir el crecimiento del sistema hizo bajar la calidad de la formación.

Estas cuatro causas fueron importantes. Pero las otras dos lo fueron mucho más y están detrás de ese desconcierto que transformó la docencia.

La quinta causa fue la revolución cultural que alteró el orden tradicional de las escuelas en todo el mundo.

Ésta fue la tercera revolución educativa que vimos en el capítulo anterior. Los firmes lazos que ataban a los alumnos a sus asientos se dispersaron. La mirada docente que marcaba el ritmo de la clase, que dictaba la consigna para que todos se pusieran inmediatamente a trabajar, se fue deshaciendo. La autoridad fija, la norma, el horario, el orden, la disciplina. Todo se divulgó.

Fue un cambio mundial. Algunos países supieron pasar la transición; ésta les coincidió con un alza económica, social o política. A nosotros nos tomó en medio de las cuatro primeras transformaciones que dispersaron las fuerzas educativas. Y en la llegada de un período de debacle social. Ese período es la sexta causa de la caída educativa.

LA SEXTA CAUSA: SE DESGARRA LA SOCIEDAD

¿Qué fue lo que pasó? Se transformó la sociedad. Ésta es la sexta causa del desarme de un sistema educativo que cumplía un siglo. La mayor de todas, la amplificadora de las demás causas.

La gran causa de la caída educativa fue lo que podemos llamar la “ruptura de los lazos sociales”. Entre 1975 y 2003 la Argentina fue el país donde más se extendieron la desigualdad y la pobreza de toda América Latina. Lo que se inició a la sombra de la última dictadura estalló con fuerza en las crisis de 1988 y 2001 y dejó un mapa social subconsciente, que no llegamos a dimensionar o entender. Veamos con los ojos bien abiertos qué pasó.

Entre 1975 y 2003 la pobreza pasó del 5% al 50% de la población. En 1975 la brecha de ingresos entre ricos y pobres era la mitad que en el resto de América Latina, en 2002 la habíamos igualado. La población sin protección social pasó del 12%

al 40%. El desempleo aumentó incesantemente entre 1975 y 2002, pasando del 2% al 22% de la población.

La desigualdad se fue metiendo debajo de los poros, adentro de nuestros sentimientos. Los barrios cambiaron, también los vínculos humanos, las miradas. Todo resultó afectado. Especialmente en los ámbitos urbanos, masivos, anónimos, donde la desesperación comenzó a juntarse y estallar contra lo que encontrarse en su camino. Era la violencia del desamparo. Del no saber qué pasará mañana, sin trabajo, sin hogar, sin protección social.

Los barrios nuevos, verdaderos asentamientos de la miseria urbana, se armaron del día a la noche, sin abrigo estatal, sin servicios, sin ley. En 2006 sólo en el ámbito metropolitano de Buenos Aires había 819 asentamientos precarios, de los cuales 363 eran villas. Entre 1981 y 2006 se pasó de 327 mil personas a más de un millón que viven en esa situación de precariedad y ausencia de derechos básicos. En ese mismo período en el Conurbano Bonaerense las personas que vivían en villas y asentamientos pasaron de representar el 4,3% al 10,1% del total de la población.⁵

En el Gran Buenos Aires se abrió un inmenso pozo de los derechos sociales en los años noventa y con la gran crisis de 2001. Los cordones del Conurbano comenzaron a ahorcarse unos a otros. La mayoría de los habitantes viajando durante horas en transportes públicos inhumanos, llevando su vida abrumada a trabajos apenas soportables en las sombras de las grandes ciudades. Mientras tanto, los pocos privilegiados vivían en el temor que genera la desigualdad extrema.

⁵ Cravino, M. C. (2008), *Los mil barrios (in)formales. Aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del Área Metropolitana de Buenos Aires*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

El Conurbano, territorio de arribo de pobladores diversos del interior, se convirtió en el núcleo de la fragmentación social. Se dio allí un proceso de desgarramiento de los sentimientos de los unos a los otros, una ruptura de los lazos de confianza y estabilidad en las relaciones humanas. Lanzados a la supervivencia, todos comenzaron a encerrarse en su salvación, a cualquier costo.

El aumento del delito fue palpable en cantidad y violencia: entre 1991 y 2002 se pasó de 1.500 a 3.600 delitos cada cien mil habitantes. En 2008 habían bajado muy poco, 3.300. Y ésa es la cifra sólo de los delitos reportados. En ese mismo período (1991-2008) bajaron los homicidios pero se cuadruplicaron los delitos contra las personas.

El efecto del delito a gran escala es la descomposición del lazo social. El otro se transfigura, se convierte en un ser potencial, en una posible amenaza. El campo emocional del miedo escapa a todo control y arrasa los barrios, cierra las puertas, clausura las miradas.

Todos fueron tocados por el delito. No hay persona que no lo haya vivido en carne propia o de muy cerca en los conurbanos. Es una experiencia que marca a fuego la conciencia social. La abrumba, le quita el eje. Lo que sale de allí no puede preverse ni explicarse.

En paralelo, el fenómeno del narcotráfico y las adicciones se recrudeció y mostró su peor rostro, destrozando familias enteras y afianzándose en los distintos sectores sociales. El maltrato familiar y el abuso infantil fueron en alza durante los años noventa y la crisis de 2001. El porcentaje de la población que habita las cárceles en condiciones miserables fue en aumento, tocando las vidas de los que los rodean, entre ellos sus hijos.⁶

⁶ Auyero, J. y Berti, M. (2013), *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Katz, Buenos Aires.

Pese a la recuperación económica todas estas cifras se mantuvieron o incluso aumentaron.

Fue exponencial el aumento del consumo de alcohol en los adolescentes, a edades cada vez más tempranas. Entre 2001 y 2009 la proporción de jóvenes de catorce años o menos que se emborrachó una vez al menos en el último mes en el momento de la encuesta creció del 19% al 52%. En los jóvenes de quince años en adelante se duplicó, pasando del 31% al 62%. Lo más grave se vio en las mujeres jóvenes: de todas las que asisten al secundario el consumo excesivo de alcohol en el último mes pasó del 19% al 55%.⁷

El conjunto de esta gran transformación social fue vivido de formas dramáticamente diferentes por los distintos sectores de la población. La separación de capas sociales enteras es la imagen más exacta de este largo período. Fue un desgajamiento social.

Las distancias entre unos y otros siempre fueron inmensas, pero se agigantaron todavía más entre 1975 y 2003. En su acceso a la salud, a los consumos culturales, en su vestimenta y vivienda, en lo que ocurre cuando hay una tormenta, en cómo viajan para ir a trabajar, en cómo pueden cuidar de sus hijos, en la posibilidad o no de comprarles medicamentos cuando enferman, en cómo soportan los días de mucho calor y de mucho frío, en qué comen cada día y en lo que significa la idea misma de vacaciones o el ocio.

Los que se salvaron se recluyen. Muchos escaparon hacia los barrios cerrados y las nuevas torres urbanas. Los que pueden conservar algo temen de todos y viven acechados en barrios

⁷ Ahumada, G. y Cadenas, N. (2010), *Análisis de los factores de riesgo en los estudiantes de nivel medio*, Observatorio Argentino de Drogas, Buenos Aires.

donde ya no se puede salir a la calle. Los otros, los que cayeron en los márgenes, quedan atravesados por la mayor inseguridad, la de la desesperación.

Hay que comprender la experiencia del desgajamiento social. No se ve en las estadísticas. Se ve en las vidas.

La separación social es aterradora. Produce cosas en cada uno de nosotros que no sabíamos que podíamos albergar. Hay un sentimiento de instigación, un "puedo ser capaz de cualquier cosa", un "puedo ser otro". Es eso: una mutación del propio ser, de lo que uno creía ser. Entonces brotan los estigmas, las acusaciones, la discriminación, la bronca que no sabe dónde posarse y se sitúa en quien esté más cerca. La violencia se encadena y retoma en forma de venganzas entrelazadas que pierden su origen y chocan con lo que se cruce adelante.

La sociedad se transforma en un gran depósito local de lo que no tiene origen definido. No hay tiempo ni conciencia para ir a protestar a algún lado, organizarse o tomar estado político. Sólo está el lugar de vida donde depositar la bronca, o sujetos que se le cruzan a uno y sin saber bien por qué han devenidos en enemigos.

Hay una necesidad de descargar todo lo acumulado. Ésta es una sociedad que se llenó de partículas de odio y temor. En algún lado deben dispararse. Contra lo que encuentren.

Y las escuelas estaban en el lugar menos indicado: en todas partes, en cada barrio, atendiendo a todos o casi todos. Las escuelas estaban en medio del campo de batalla, con la guardia baja, intentando comprender lo que las rodeaba.

El declive de la calidad educativa es incomprensible si no se entiende esta historia. La caída social trajo la caída educativa. Ésta es la sexta y la más profunda explicación de la transformación educativa que desarmó un sistema y lo derrumbó sobre los brazos de la docencia.

LA TELEVISIÓN SUPERA LA BARRERA DEL SONIDO

Cuando uno viaja en un avión, hay un momento en el cual se pasa la barrera del sonido, a la velocidad de 1.110 kilómetros. Es algo perceptible, suena como una pequeña estampida.

En la historia de las escuelas pasó algo así. Hubo un momento en la Argentina, en la década del noventa, en que los alumnos pasaron a ver más horas de televisión que las que tenían de clases en las escuelas. Fue quizás una leve estampida en sus mentes. Imperceptible. O quizá no tan imperceptible en el contexto de la desintegración social que se vivía.

¿Qué pasaba en los hogares, puertas adentro, mientras se transformaba la imagen y la realidad del mundo exterior?

En la desesperación del desempleo en los años noventa, la mujer tuvo que salir del hogar a buscar trabajos inestables o incrementar sus horas laborales donde pudiese para sobrevivir. Era parte del largo fin de ciclo de la mujer cuidadora de sus hijos en el hogar. Tanto por un avance en el derecho al trabajo de las mujeres como por un retroceso en las condiciones de vida, las dos causas daban paso a una mayor proporción de hogares sin adultos durante el día.

Al mismo tiempo cambiaba la composición de las familias, como en buena parte del mundo, con más hogares monoparentales, mayor inestabilidad y fragilidad. El aumento de los embarazos adolescentes, que se duplicaron en los últimos veinte años, trastocó el mapa familiar, especialmente en los sectores más pobres.

Los hogares comenzaron a estar faltos de adultos, "suelos". Los niños quedaron crecientemente al amparo de hermanos, abuelos o cuidadoras irregulares. Entonces la escuela fue vista cada vez más como un refugio, un lugar de abrigo en las sombras urbanas. La cantidad de alumnos que almuerzan y toman

la leche en las escuelas se duplicó entre los años noventa y la actualidad. Los que reciben refrigerios casi se cuadruplicaron.

La escuela se volvió cada vez más asistencial. Pero en cierto sentido no fue la escuela la que reemplazó a la familia. Fue la televisión.

El crecimiento exponencial del acceso a la televisión es la otra cara paralela al período de la desintegración social. Los años noventa fueron clave: en algún momento la televisión rompió la velocidad del sonido. Fue cuando el cable se hizo masivo. En 2004 casi el cien por ciento de los hogares tenía televisión y el promedio era de 2,4 aparatos por hogar.

Todo estaba cambiando. Si antes los niños tenían una oferta muy limitada en cuatro canales, restringida en horarios y en la autoridad familiar, ahora se había liberado su acceso. Con la llegada del cable, durante las 24 horas pasó a haber cosas para mirar, de todo tipo y color, con controles cada vez más débiles o ausentes.

La televisión invadió el hogar: en la Argentina el 49% de los niños y adolescentes miran la televisión mientras hacen los deberes. Lo primero que hacen al llegar a la casa más del 50% de los niños es prender la TV. Ambas cifras son las más altas de América Latina. No es extraño, dado que la Argentina tiene la mayor proporción de población con TV por cable del continente.

La participación de los niños en el encendido de la TV pasó a ser la más alta de todas las franjas etarias: el 95% de los niños de 6 a 13 años ve al menos dos horas diarias de TV. De ellos, el 41,2% ve de 4 a 8 horas diarias y el 17,5% de los niños ve 8 o más horas de televisión por día.⁸

⁸ Fundación Telefónica (2008), *La generación interactiva en Iberoamérica. Niños y adolescentes ante las pantallas*, Ariel, Madrid. Sistema Nacional de Consumos Culturales (2004), *Consumos culturales 2004*, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, Buenos Aires.

Si multiplicamos estas cifras por la cantidad de días del año y las comparamos con el tiempo escolar “normal” (sin contar días sin clase y ausentismo de docentes y alumnos), el resultado es el siguiente: en la Argentina los alumnos de primaria pasan unas 720 horas por año en la escuela y unas 1.270 horas frente a la televisión. Ésta es una expresión de la “tercera revolución educativa”. La escuela deja de ser el principal programador de las conciencias de las nuevas generaciones.

Pero no sólo los niños ven televisión. Todos lo hacen. En una época de expansión de las desigualdades, esto tiene nuevos efectos. Algunos lo tienen todo materialmente, porque se han enriquecido como nunca antes en la historia. Otros tienen las manos vacías pero sus ojos están colmados con imágenes del mundo.⁹

Este proceso deja una huella imborrable: la multiplicación de imágenes que reflejan una profunda desigualdad social.

Puede verse en todas partes la ostentación de las riquezas, las pantallas reproducen todo el día lo que no se puede obtener y la desenfundada vida urbana. En un canal vemos a las grandes figuras en autos de lujo despilfarrando sus millones e invitando a los pobres a sacar préstamos usureros. En otro pueden verse las cadenas de violencia, con nuevos programas que muestran en un realismo inédito la crudeza de la vida en el Conurbano Bonaerense. Vemos cárceles, delitos, guardias de hospitales, adicciones, cuánto más crudo tanto mejor para el rating.

Lo vemos todo, pero no sabemos qué hacer con eso. Sólo sabemos que está allí. No nos indigna, no nos lleva a la acción política colectiva. Nos deja quietos sentados frente al televisor. La vida de la sociedad se ha convertido en un espectáculo

⁹ Hopenhayn, M. (2005), *América Latina desigual y descentrada*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.

desigual, visible e intocable. Es como saberlo todo pero no saber nada realmente.

Esa misma pasividad se metió de alguna manera en los huesos del sistema educativo. Nos hemos acostumbrado a que lo que ocurre es inmodificable. Como si estuviese pasando fuera de nosotros en una pantalla.

LA CAÍDA DEL SISTEMA EDUCATIVO DESDE ADENTRO

Hace quince años que recorro escuelas en el Conurbano Bonaerense. He dado clases en un colegio secundario que se hundió hasta desaparecer de la historia. Conocí las oficinas de la Dirección de Escuelas de La Plata desde adentro y desde afuera. Vi los nervios internos del sistema educativo. Es una carga densa y pegajosa, por momentos insostenible. Es una carga llena de deudas, que se materializa en las miradas de niños y niñas robados a la infancia.

En una larga investigación entrevisté a decenas de docentes y directivos de mucha antigüedad, tratando de entender qué había cambiado en las aulas durante las últimas dos décadas.¹⁰ El trabajo fue revelador. Hizo estremecer mi visión sobre el estado de la educación.

En las recorridas, visité mi vieja escuela primaria en Temperley. Había sido una escuela pública de buen nivel, donde las rutinas y los resortes del sistema funcionaban. Era una escuela adonde iban muchos hijos de profesionales, tenía una cooperativa potente, se hacían actividades sociales todo el tiempo, era un faro del barrio.

¹⁰Rivas, A. (2014), *La educación hoy en el Conurbano Bonaerense*, Aique, Buenos Aires.

Ahora, veinticinco años después, estaba desarmada. Literalmente. Al patio donde yo jugaba le habían tomado un tercio del espacio para construir tres aulas nuevas en la época de la reforma educativa de los noventa. Le creció un “tercer ciclo”, una mini secundaria con adolescentes de quince o más años. Un sector entero del edificio estaba en desuso. Las filtraciones habían obligado a clausurar tres aulas, corroídas por el moho. Hacía años esperaban la reparación.

El clima pedagógico no era mucho mejor. Los docentes que entrevisté revelaban una nostalgia por un tiempo pasado que los llevaba a las lágrimas. Sentían que su escuela había sido invadida y abandonada a la vez. Venían los chicos de los asentamientos y ya no los de las clases medias. El Estado, las familias, todos, los habían dejado solos para encarar una tarea que les era desconocida. Se había convertido en una isla dentro de un sistema desmembrado.

Mi vieja escuela primaria revela la transformación de la educación en el Conurbano Bonaerense entre fines de los ochenta y la actualidad. Algunos testimonios de docentes que recolecté en mi investigación marcan el pulso del rumbo a lo desconocido.

Hay escuelas con muy mala situación edilicia en contextos muy pobres. Las ves y es como que no tienen “angelidad”, no tienen aura, no parecen escuelas (...) Hay ciertas escuelas que van goteando su sangre de a poquito, se van achicando, ya no enseñan, sólo están para cuidar a los chicos.

Regalos para el día del maestro no recibimos más, desde hace unos cuatro o cinco años no recibimos ni uno solo. El día del maestro hace dos años que no queremos festejarlo más porque los padres ni vienen. Antes muchos te traían un regalo, ahora dicen “a este vago qué le voy a dar”.

Ya ni hacemos las asambleas de cooperadora, no venía ni un solo padre. Antes era una institución la cooperadora... ahora no existe más.

El noventa por ciento de los padres no mira el cuaderno, las tareas para el hogar desaparecieron.

Por momentos uno siente que no está dando clases.

Estos fragmentos muestran un paisaje doloroso. No es lineal. Muchas escuelas han pasado las tormentas en contextos más tranquilos o haciendo esfuerzos incalculables. Pero la mayoría ha vivido una gran transformación.

¿Qué pasó? Se metió adentro del sistema la desgarradora experiencia de una sociedad fragmentada. La desesperación, el abandono, el no saber dónde está uno parado en este mundo despiadado.

En las escuelas aumentaron exponencialmente los conflictos interpersonales. Todo se judicializa o retorna en señal de venganza agitando fantasmas y temores. La institución escolar ya no es un templo de reglas que escapan a ella. Cada escuela se define a sí misma en un cuerpo a cuerpo continuo, en las aulas y con las familias. Se ha terminado el resguardo institucional sistémico: cada uno por sí mismo y como puede contra todos los demás.

La enseñanza sufrió un golpe letal. El tiempo cíclico, la rutina, el programa, la secuencia didáctica se difuminaron en el aire.

Pasó a haber muchos alumnos con "presencia alternada": están y no están. Los docentes faltan mucho más, agobiados por tanto desgaste emocional y tomados por nuevas enfermedades. La permanencia de un mismo docente con un mismo grupo de alumnos se volvió cada vez menos sólida. No se sabe qué pasará cada día.

Entonces el tiempo de enseñanza se fragmenta. Se usan actividades sueltas, dominan las fotocopias. Se deja de lado la guía curricular compartida por el sistema, se abandona un colectivo de prácticas guiadas por el Estado. Las aulas se cierran a sí mismas. Se discontinúan, se atrincheran. Ya no puede saberse dónde están los conocimientos que se supone hay que impartir.

Había una pregunta típica de pasillo entre docentes: "¿Por dónde vas?". Refería al programa curricular, con cada eje de contenidos ubicable en el calendario escolar. Esa pregunta se ha ido retirando durante los últimos quince años. Los docentes temen que la respuesta del otro sea "no sé" o "por donde puedo". Entonces callan. Y eso hace callar la pedagogía, abandonada a lo que cada uno pueda hacer en la intimidad de las aulas.

Empezamos entonces a descubrir el secreto de la caída de los aprendizajes: la discontinuidad.

¿Pasó esto mismo en el resto del país? No con tal magnitud. En buena medida es un problema de las grandes urbes y especialmente del gigantesco Gran Buenos Aires. Ejemplo de ello son algunos datos reveladores.

La provincia de Buenos Aires fue la que tuvo la mayor cantidad y proporción de alumnos que pasaron de escuelas públicas a privadas entre 2002 y 2010. Se fueron 100 mil alumnos de la escuela estatal. Al mismo tiempo, fue la provincia con mayor tasa de abandono en el nivel secundario de la década. En las pruebas de evaluación de la calidad que miden los aprendizajes de los alumnos pasó de ser la segunda provincia con mejores resultados del país en 1995 a ocupar el puesto 14° entre 24 en 2010.

Todo esto pasó pese a que tuvo más inversión y políticas educativas muy activas en la década del 2000. Pero lo social fue devastador. Nada pudo frenarlo.

Fue una espiral de declive que sumó las seis causas y las puso a trabajar en conjunto. Como dije, las cuatro fuerzas de fragmenta-

ción educativa fueron la del sistema federal, la reforma educativa de los noventa, la reforma curricular abstracta y la baja calidad de la formación docente potenciada por los bajos salarios. Esto ocurrió entre fines de los años ochenta y la crisis de 2002.

Las otras dos grandes causas, como vimos, fueron más profundas y estructurales: la larga marcha de la revolución cultural, que alteró la autoridad en las aulas, y la devastadora fragmentación social que vivió la Argentina. Todas esas causas se anudaron en las escuelas y se metieron en las aulas. Se potenciaron mutuamente. Fueron las fuerzas convergentes de la ruptura del orden escolar.

¿El resultado? Cada uno corre a donde puede. Las familias que tienen recursos se van a colegios privados, donde al menos haya clases todos los días. Unos se alejan de los otros. En las escuelas públicas, la brecha social entre el turno mañana y el turno tarde se agigantó. Y entre escuelas hay cada vez más distancia social. Son las islas de un sistema que desapareció debajo de la tierra desbordante de su contexto.

El sueño de la integración social en la escuela pública se terminó. El resultado es abrumador para los docentes que quedaron en el frente de batalla. Sienten que el Estado y la sociedad los abandonó. Ellos son los que deben sostener los restos del sistema. Ellos viven la noche de la enseñanza.¹¹

EL LAZO INVISIBLE QUE HACÍA POSIBLE LA EDUCACIÓN

Cuando algo ya no está lo descubrimos. Cuando nos falta la salud la valoramos. Cuando alguien se fue más sentimos saber

¹¹ La frase remite a un diagnóstico realizado en 1912 por Vergara, C. (2012), *Pedagogía y revolución*, Universidad Pedagógica de Buenos Aires, Buenos Aires.

quién era para nosotros. Las cosas funcionan como fantasmas. Nos devuelven lo que eran cuando ya no están.

Eso es lo que pasó con el lazo invisible que hacía posible la educación. El lazo social. Podemos incluso verlo en la actualidad. Basta visitar escuelas de pueblos y compararlas con escuelas de urbes superpobladas marginales. En la provincia de Buenos Aires se abrió un surco entre el conurbano y el interior.

En los pueblos las cosas no han cambiado tanto. La gente se habla, hay algo que les permite un contacto. Una cierta dosis de confianza, de familiaridad cotidiana que se vive como un refugio.

En las urbes todo se ha modificado. La masificación, la migración constante, la vida ante desconocidos pone en cuestión permanente la identidad. Todo se sospecha, todos se cuidan de los demás. Se vive en tensión permanente. Incluso lugares concretos se “conurbanizan” cuando pasan cierto límite poblacional, cuando los desborda en algún punto la desigualdad, el delito y las redes del narcotráfico que chupan vidas enteras.

Las rutinas, los horarios, la mirada cómplice de la madre con la maestra, la devolución del cuaderno de comunicaciones, el pago de la cooperadora, la asistencia al acto, la sensación inevitable de que cada día hay clases. Todo se torna borroso cuando se rompe el lazo social.

Las vidas de las personas apesadas por el sentimiento de inseguridad, por la desesperada búsqueda de empleo en los noventa, por la hiperinflación antes y por la inflación reciente, por no saber si se llega a fin de mes. Todo se traslada a las más mínimas e invisibles rutinas de la educación.

Ahora descubrimos que las aulas estaban hechas de un material invisible: una dosis de confianza social, una dosis de previsibilidad.

Las escuelas perdieron la autoridad “pastoral” con la tercera

revolución educativa. Ya no es palabra santa lo que dice el docente. Al mismo tiempo las escuelas perdieron el lazo social en las grandes urbes que atravesaron lo peor de las crisis y la debacle social entre fines de los ochenta y principios del dos mil.

Fue en la infancia que se vieron los rastros más crudos de este proceso. Crecieron los casos de abuso, violencia familiar, embarazos adolescentes, alcohol y drogas a edades más tempranas, la iniciación sexual como un acto cada vez más cercano a la infancia, la cantidad de padres encarcelados.

Entrevistando a docentes, me encontré con menciones constantes de casos individuales que les rompían el alma. Que los dejaban en penumbras. Sin respuestas. Casos que se hundían en la noche de las aulas. Chicos a los cuales tienen que ver todos los días sin saber cómo ayudarlos.

Conversando con los psicopedagogos y trabajadores de los gabinetes de las escuelas he sentido cómo todo se transformó. No es que estas cuestiones no existían antes, pero pasan mucho más desde los años noventa. Y no han cesado con la recuperación económica reciente. El trastorno de ansiedad se convirtió en una marca masiva de la infancia y la adolescencia. Quieren todo ya. Comen en cinco minutos, no soportan ningún vacío en el tiempo. Hay una trepidante agitación en sus corazones.

Algunos testimonios de los docentes que entrevisté revelan los efectos en las aulas de esta mutación en la vida emocional de la infancia y en sus miradas.

Tienen otra mirada los chicos, algunos te miran y te intimidan, es como una amenaza. Entre ellos todo el tiempo se acusan diciendo "éste me miró mal". Hay mucha violencia contenida en la mirada.

A mí me pasa que los alumnos ya no me miran. Yo les digo

todo el tiempo: "Yo necesito que ustedes me miren". Es que no hay contacto en la mirada. ¿Cómo das clase así?

Muchos chicos están ausentes dentro del aula, están pensando sólo en el comedor. Tienen la mirada perdida. Me dicen "seño, ¿cuánto falta para la comida?".

Nunca nos pasó como pasa ahora que no puedas tocar cariñosamente a un alumno. Te dicen "a mí no me toqués, usted no es nadie". Pasa incluso con los chicos más chicos, te deja desolada.

En muchos casos esta agitación de las vidas que llevan los chicos es malentendida por las escuelas. No caben en la norma pedagógica y tienden a ser sobre diagnosticados. Muchos profesionales incluso apelan directamente a la medicación, que en general no es la solución adecuada sino un postergar el tratamiento del problema o incrementarlo.

Hay chicos que están y no están en la escuela. Que cuando van a clases también están como ausentes. No se sabe por dónde viaja su mundo, su destino.

Entonces se nos revela la explicación de la caída de la calidad educativa. Ahora podemos mirarla, finalmente, a los ojos. Ahora podemos hacer sentido de la discontinuidad pedagógica, la dispersión curricular, la caída de la secuencia didáctica, la ruptura del sistema educativo. Cada escuela quedó atrapada en su territorio. Cada docente quedó magnetizado por lo que atravesaron las infancias negadas de sus alumnos. La pedagogía se hizo impotente, mostrando su liviana consistencia y la necesidad de ser repensada a fondo.

Ahora que se ha roto, podemos ver los efectos del lazo social en la escolarización. Los pequeños hábitos silenciosos y cotidianos se nos revelan cuando faltan. El llegar a horario todos los

días a la escuela, el hacer los deberes en el hogar, el duplicar la autoridad escolar con el reto o el aplauso familiar.

Por eso se ha hecho tan duro el oficio de enseñar. Ésta es una docencia sin protección, sin techo, sin sistema, sin red. Es una docencia a cielo abierto.

Esto pasó en la Argentina mucho más que en el resto de América Latina, aunque lo vivieron también los márgenes de las grandes ciudades superpobladas y desiguales en toda la región. Vivir una caída en la pobreza es muy distinto que haber vivido la pobreza desde antes. El tiempo genera anticuerpos.

En nuestro país todo pasó muy de pronto en grandes crisis que rompieron la mandíbula de la sociedad. Esa larga herencia pedagógica de alto nivel para la región se vio sacudida por golpes que no sabía bien de dónde venían y la pusieron contra las cuerdas.

En los años recientes comenzó una gran recuperación económica. Pero ¿qué cambió en el vientre de la sociedad, en las aulas, en el lazo social que hace posible la enseñanza escolar?

LA LENTA RECUPERACIÓN: LA EDUCACIÓN EN EL KIRCHNERISMO

¿Qué pasó en los años recientes con todo esto? ¿Cómo le fue a la educación con el kirchnerismo? ¿Qué tanto ayudó la mejora económica? ¿Hubo un cambio real en las políticas?

La recuperación iniciada en 2003 sólo pudo rearmar una parte de lo que se había desatado. Las condiciones materiales de vida mejoraron notablemente. El mayor efecto transformador fue el crecimiento del empleo y la salida de la pobreza de millones de personas. El número real es difícil de saber desde la alteración de las estadísticas del INDEC en 2007, pero con certeza alcanzó a quitar a un cuarto de la población total que estaba en la pobreza en 2003.

La extensión de la seguridad social a través del acceso masivo a la jubilación fue otro logro social transformador, que se extendió hasta llegar al más alto porcentaje de jubilados con ingresos garantizados por el Estado de la región. Lo mismo ocurrió con la Asignación Universal por Hijo, que se convirtió en el mayor programa de garantía social de América Latina.

Las desigualdades, si bien disminuyeron, no lo hicieron al mismo ritmo que creció la economía y el empleo. Allí había un núcleo duro, resistente al cambio. Los poderosos no perdieron posición. Mantuvieron la distancia.

En el terreno educativo también hubo grandes avances. Llegaron nuevas leyes que dieron más tranquilidad e intentaron rearmar un sistema nacional. Se sancionó la Ley de Educación Nacional de 2006, que dio vuelta la página de los años noventa.

Se trató de definir contenidos curriculares fundamentales para ayudar a los docentes en la práctica. Se recuperó la educación técnica con mucha inversión en equipamiento. Se lanzó un Instituto Nacional de Formación Docente, tratando de unificar los dispares sistemas provinciales.

Y aumentó de manera impactante la inversión educativa. El gasto en educación pasó de representar el 4,1% del PBI en 2004 al 6,2% en 2010. En el ranking mundial de la inversión educativa que realiza la Unesco la Argentina pasó del puesto 81° al 19°.

¿Dónde fueron los recursos? ¿Llegaron a las escuelas? Sí. El salario real de los docentes (controlado por la inflación más creíble, no la del INDEC) mejoró casi un 50% frente a los años noventa.¹² Hubo más cargos de docentes de inglés, informática,

¹² Bezem, P., Mezzadra, F. y Rivas, A. (2012), *Informe final de monitoreo de la Ley de Financiamiento Educativo. Informe de Monitoreo y Evaluación*, Cippec, Buenos Aires.

educación artística, educación física, bibliotecarios, más libros, becas, computadoras y muchas otras cosas. Se crearon centenares de escuelas nuevas y se enviaron muchos recursos a las escuelas técnicas, a las rurales y a las más pobres en ámbitos urbanos.

Fue un período de recuperación, una etapa incremental. Se cubrieron urgencias, se saldaron grandes deudas con los docentes y con los alumnos. Sin tantos recursos nuevos quién sabe dónde estarían las escuelas hoy.

Pero no hubo grandes cambios. No hubo una “segunda etapa”. La primera etapa era evidente: la salida de la crisis de 2002 requería atacar las urgencias. Solucionar problemas de todo tipo. Pasada esa etapa, hacia mediados de la década, el enorme crecimiento de la inversión educativa no fue aprovechado para atacar a fondo el crítico diagnóstico del sistema desmembrado.

Esos mismos recursos podrían haber tenido un efecto mucho mayor si se hubiesen integrado en políticas. Todos los nuevos cargos que se crearon en las escuelas se hicieron en forma de goteo. En las aulas poco cambió. Su problema de raíz era la debacle social y la dispersión pedagógica.

Esos mismos cargos podrían haber formado parte de una gran política de ataque pedagógico a la pobreza. Por ejemplo, con una escuela de jornada extendida que transforme las condiciones de aprendizaje de los sectores excluidos. Eso no ocurrió en la gran mayoría de las inversiones educativas realizadas.

Hubo una excepción: Conectar Igualdad, el programa de entrega de una computadora por alumno para todas las escuelas secundarias públicas. Ése sí fue un cambio. Potente e incierto. En los hogares fue una transformación necesaria porque ya es un piso básico de derechos tener computadora e internet.

En las escuelas hay muchas dudas y docentes perplejos. Pero las computadoras empujaron un gran proceso de capacitación,

que de otra manera hubiese sido mucho más lento. Es difícil aprender ciertas cosas en teoría. Necesitamos que estén adelante de nosotros para aprenderlas en la práctica.

También empujó a la Argentina a un lugar nuevo: convertirse en un referente de contenidos educativos digitales. Con Educar, el portal educativo que reúne a gente muy talentosa, se está retomando un liderazgo educativo en la región del cual pocos han tomado nota. Es un gran paso. Es la recepción de la cuarta revolución educativa, la digital, en las escuelas. Es tomar el toro por las astas. No estar siempre a la defensiva en la educación.

¿Tuvo efectos todo esto: la recuperación económica y social sumada a la mayor oferta educativa y la mejora del salario?

Sí, tuvo algunos efectos. La calidad educativa mejoró. En las pruebas PISA y en las evaluaciones nacionales hubo algunos avances entre 2006 y 2002. Tienen lógica. La Argentina se había hundido en los resultados de las pruebas PISA entre 2000 y 2006, cuando pasamos la peor crisis de nuestra historia. ¿Cómo no iba a mejorar con la recuperación económica?

Pero todo esto no bastó. La mejora fue leve y estacional, recuperó lo perdido con la crisis de 2001, pero no fue más allá. La gran inversión educativa y las políticas incrementales no fueron suficientes para la magnitud de la fragmentación que había experimentado el sistema educativo.

Durante esta misma etapa hubo un gran pasaje de alumnos de escuelas públicas a privadas. Se fueron más de 200 mil alumnos de las escuelas primarias estatales. La dispersión siguió instalada: buena parte del sistema educativo permaneció atomizado. No hubo cambios reales en qué y cómo se enseña. El sistema permaneció roto por dentro, como la estructura social. Bombardeado desde los medios de comunicación y desde la cruda realidad de los territorios, las escuelas perdieron fuerzas.

Lo que se gestó en las mentes y en los corazones, en el vínculo social, no pudo ser recuperado. Al ascenso abrupto del desempleo y la pobreza no le siguió un verdadero cambio de rumbo en el narcotráfico, el delito urbano y en su violencia. No se vislumbró salida para las adicciones y para la entrada en la larga noche de su efecto en las familias afectadas.

Incluso buena parte de las personas usaron la mejora de los ingresos para acentuar la distancia social. Refugiándose en sus hogares con nuevos electrodomésticos o pagando escuelas privadas para evitar al más pobre o para no perder días de clase en la escuela pública.

Quizá la lección sea que sin un sistema bien constituido la mayor inversión educativa cae en un vacío. Es el problema del enfoque de "regar y rezar": mandar mucho al sistema sin saber qué efectos o usos produce. Sirve, es una gran ayuda, pero no remueve las causas, no cambia el destino. Sin políticas que entren como un río de sentido en las aulas, todos los esfuerzos se dispersan en el delta intransitable de las islas escolares.

El kirchnerismo ha vivido un conformismo educativo defensivo. Mientras sus detractores cargaron sobre la crisis de la educación pública, el gobierno defendió a rajatabla el aumento de la inversión educativa y las nuevas leyes. Fueron grandes pasos, subestimados por muchos.

¿Pero es esto a todo lo que se aspira? ¿Simplemente se espera que la mejora venga por sí sola? ¿Cuál es la hipótesis de cambio? ¿Qué se propone de aquí en más?

No se ven horizontes claros. Hay muchas cosas en marcha, pero lo que faltó en esta etapa reciente es ir más allá de los esfuerzos de los Ministerios de Educación. Lo que faltó fue una decisión política del más alto rango nacional y provincial. De la presidencia, de los gobernadores. Un convencimiento con rumbo para cambiar la educación.